



## De la democracia en América Latina

Javier Santiso, Economista Jefe y Director Adjunto Centro de Desarrollo de la OCDE

El filósofo y estadista francés Alexis de Tocqueville (1805-1859) no dejó de destacarlo en sus escritos sobre América: la vitalidad de la sociedad civil es de una importancia capital para las democracias. Esto es aún más importante en las democracias emergentes. Y se logra, primero, al compartir el conocimiento del que participan los medios de comunicación, las agencias gubernamentales y también los centros de análisis (*think-tanks*) y universitarios.

En América Latina, la vitalidad democrática es un hecho. Este año, una docena de elecciones han teñido el calendario del continente. La calidad de las democracias es, desde luego, desigual otro, pero todos los países eligen a sus gobiernos en las urnas. Igualmente, en todos hay numerosos e importantes *think tanks* que alimentan las polémicas y los debates.

Sin embargo, la presencia de esos centros no borra la existencia de una débil realidad. Mientras en el hemisferio norte abundan las instituciones con reservas de conocimiento sobre los desafíos y las reformas económicas, en el sur estas entidades son mucho más raras y, sobre todo, dotadas de menos recursos. Ninguno dispone, por ejemplo, de un fondo de dotación, es decir, un capital de inicio donde los ingresos generados alimenten el presupuesto de funcionamiento anual, de modo que se posibilite una autonomía financiera indispensable para contar con una autonomía intelectual. Como ejemplo, los fondos de dotación de la *Brookings* o del *Institute of International Economics* alcanzaron en 2005 220 millones y 150 millones de dólares, respectivamente. Nada comparable a lo que sucede en América Latina. La colombiana *Fedesarrollo*, dirigida por Mauricio Cárdenas, una de las instituciones más prestigiosas del continente, apenas dispone de un

presupuesto anual de 1.3 millones de dólares, sin ni siquiera contar con la seguridad de un fondo de dotación que le permita reaccionar ante un imprevisto.

A los centros de análisis latinoamericanos no le faltan méritos. Históricamente, Cieplan, por ejemplo, jugó un rol central en la transición democrática chilena. Bajo su paraguas, toda una generación de demócratas pudo madurar sus propuestas de reformas. De esta institución salieron ejecutivos y ministros chilenos una vez que la democracia regresó, partiendo por su fundador Alejandro Foxley, quien hoy está nuevamente al servicio del estado (es ministro del Exterior). La institución Ceres, en Uruguay, dirigida por Ernesto Talvi, se desvive por contribuir a los debates económicos del país, mientras que en México el CIDE se ha impuesto como una de las instituciones top de los debates democráticos.

La consolidación de tales instituciones, capaces de adoptar y adaptar conceptos, ideas y procesos a los contextos latinoamericanos, es de una importancia vital para estas jóvenes democracias. Sin embargo, faltan instituciones de peso. Lo que puede fallar es la capacidad de puesta en marcha de las reformas.

El ejemplo de Argentina confirma que la capacidad de una puesta en marcha tiene que ir a la par con una capacidad cognitiva. Este país vivió una de las fiestas de reformas más grandes de los 90, afirmada sobre una capacidad analítica sin paralelo en la región, para más tarde vivir uno de los más espectaculares crash económicos y financieros del decenio siguiente. El conjunto de los hechos: capacidad de análisis y capacidad de puesta en marcha, está en el corazón de los éxitos y fracasos de las reformas en la región.

En América Latina, la política de los expertos ha dado lugar a modelos armados y desarmados sobre realidades sociales sin proceso de adopción ni adaptación. Los experimentos, ya sean estructuralistas o monetaristas, marxistas o neo liberales, han desembocado en impases. Como lo muestra la trayectoria chilena, la lenta y recurrente fermentación de ideas, su destilación en los debates de expertos y ciudadanos, luego su concreción con el paso al acta, son los eslabones esenciales de una cadena indispensable para poner en acción el engranaje del desarrollo económico.

En 2006, en todo el continente una docena de gobiernos regresaron o llegaron por primera vez a trabajar. Sus agendas están fuertemente cargadas, tanto en el ámbito de las reformas económicas y sociales

como en las políticas e institucionales. El aporte de los centros de análisis, ya sea cobijados en el seno de los aparatos estatales, como IPEA en Brasil, o independientes, como el CEP en Chile, será fundamental para destilar ideas y proposiciones. Ojalá un día un hada madrina visite una de estas instituciones y mueva su varita mágica para otorgarles más recursos.

Preservar la autonomía financiera, y con ello la intelectual, de estos centros, podría ser en uno de los ejes de la cooperación internacional y de la cooperación europea en particular. Estados Unidos e incluso España, ambos cercanos a América Latina, pero también –por qué no– Francia, amante de las ideas y de los grandes pensadores, podrían jugar un rol central al afirmar la democracia de la región.

[www.oecd.org/dev/insights](http://www.oecd.org/dev/insights)

[www.oecd.org/dev/briefs](http://www.oecd.org/dev/briefs)

[www.oecd.org/dev/wp](http://www.oecd.org/dev/wp)



Readers are encouraged to quote or reproduce material from OECD Development Centre *Policy Insights* for their own publications. In return, the Development Centre requests due acknowledgement and a copy of the publication. Full text of *Policy Insights* and more information on the Centre and its work are available on its web site: [www.oecd.org/dev](http://www.oecd.org/dev)

Centro de desarrollo de la OCDE  
2, rue André-Pascal,  
75775 Paris Cedex 16, France  
Tel.: +33-(0)1 45.24.82.00  
Fax: +33-(0)1 44 30 61 49  
E-mail: [dev.contact@oecd.org](mailto:dev.contact@oecd.org)